



EL CENTENARIO

DE

LA RENDICION DEL CASTILLO DE SAN JUAN DE ULUA

POR FRANCISCO DE P. SENTIES

A iniciativa de don Francisco de P. Senties, prohijada por la "Academia Mexicana de la Historia," se celebró el 18 de noviembre próximo pasado una ceremonia conmemorativa del Centenario de la Rendición del Castillo de San Juan de Ulúa a las tropas mexicanas. La ceremonia consistió en la colocación de ofrendas florales en el Altar de los Reyes de la Catedral Metropolitana, sitio en que reposan los restos del Gral. don Miguel Barragán, y en un acto cívico que se efectuó en el patio principal de este Museo y que fue presidido por el C. Director del mismo establecimiento y por los señores: Lic. Joaquín Baranda MacGregor y Juan Barragán, descendientes de los principales caudillos de la jornada que se rememoró. Durante el acto en cuestión el Sr. Senties pronunció el siguiente discurso:

La rendición de la fortaleza de San Juan de Ulúa, la más poderosa del Continente en aquellos tiempos, que dominaba al puerto de Veracruz, es el episodio en que culminaron el pensamiento y la obra de Hidalgo, que debe considerarse como la consumación y consolidación de la independencia nacional.

El postrer baluarte de la dominación española, el último girón del territorio patrio en que aún flameaba arrogante la bandera de la Península como esperanza de reconquista, quedó sometido a la soberanía de México por la fuerza de las armas después de prolongada resistencia.

¿Qué significaba en poder de España aquel islote coronado de almenas y erizado de cañones, dominando la entrada del primer puerto del país? Nos lo dicen hoy, a más del hecho mismo, documentos fehacientes que aún no han

sido incorporados a la historia nacional, ni analizados por la crítica. Por eso, ni en nuestros anales ni en los fastos que la gratitud nacional rememora, figura hasta la fecha la data de este episodio que solemnemente debe festejar el pueblo mexicano.

Los Tratados de Córdoba habían sido anulados. No acababan de evacuar nuestro territorio los cuerpos que salieron de la capital, cuando Dávila, el Jefe de la fortaleza de Ulúa se ponía en inteligencia con ellos para resistir a las armas independientes, y secundar un movimiento que se preparaba para restaurar el antiguo régimen español. Dos regimientos, el de Ordenes, y el de Castilla que debía salir de Cuernavaca, asumieron una actitud sospechosa, e Iturbide tuvo que mandar al Mariscal de Campo D. Anastasio Bustamante para combatirlos. Este general, sin esperar el refuerzo de los Granaderos Imperiales, marchó sobre las fuerzas realistas que se rindieron a discreción después de breve resistencia.

La discordia civil, la inestabilidad de nuestras leyes e instituciones, alentaban las esperanzas de España y hasta de otras potencias sirviendo de aliciente a las fuerzas de Ulúa.

El Comandante de la fortaleza ejercía en el puerto de Veracruz funciones de soberanía. Las lanchas del Castillo visitaban los barcos que llegaban, cobraban los derechos, recibían la correspondencia e imponían su autoridad.

Desde Ulúa, España mantenía la guerra, y se esforzaba por restablecer su dominación.

No eran enteramente ilusorios los designios del Gobierno español para restaurar su dominio. Solicitaba y obtenía el apoyo de Francia para conducir fuerzas expedicionarias, de las que pudieron salvarnos los embrollos de la política europea y el celo de nuestros patriotas.

El 17 de junio de 1825, el Ministro de S. Majestad Británica, confirmaba al Gral. Michelena que los buques de guerra franceses del Apostadero de la Martinica habían comboyado tropas españolas expedicionarias hasta la isla de Cuba.

No una, varias expediciones se organizaron contra México, y Ulúa era la principal base. Así lo comprendieron todos los patriotas y hombres públicos de México.

No estaba fuera de razón Iturbide al creer que España, contando con el apoyo de la Santa Alianza, insistía en su empresa, y que urgía someter al Castillo de San Juan. Corrobóralo el hecho de que el Gobierno francés no permitió el paso por su territorio al ex-Emperador, que tuvo que salir rápidamente de Liorna, atravesando el Piamonte, pasando por Ginebra, siguiendo por la margen derecha del Rhin, para entrar en los Países Bajos y embarcarse en Ostende, para llegar a Londres el 1º de enero. Esta noticia está confirmada por D. Francisco de P. Migoni, primer Agente Diplomático de México en Londres, en su comunicación de fecha 29 de diciembre de 1823.

En esta capital, donde intentó ver al Ministro Canning, se dirigió al célebre marino inglés, Lord Cocktrane, invitándolo a tomar el Castillo de San Juan de Ulúa, y con fecha 13 de febrero dirigió al Congreso mexicano una

comunicación, participándole su arribo a Londres, debido, según decía, a que tuvo que salir de Italia por los peligros que amagaban a la independencia de México, pues España, apoyada por la Santa Alianza, se aprestaba para continuar la guerra, por lo cual ofrecía al Gobierno mexicano su persona, intereses y recursos bélicos que llevaría.

Como Iturbide, también el Gral. Michelena puso su atención en el Almirante Cockrane, que prestó en la marina tan importantes servicios a la causa de la independencia de Sud-América. Nuestro activo y patriota agente, en nota de 31 de agosto de 1824, decía a D. Lucas Alamán: "Cualquiera que sea la resolución del Supremo Poder Ejecutivo sobre este delicado asunto, creo que siempre será muy útil cultivar las relaciones de amistad con la nación brasileña, y formar con ella un tratado de alianza ofensiva y defensiva sobre el único objeto de asegurar nuestra independencia; su marina que ya es de consideración y está perfectamente organizada y mandada por el célebre Almirante Cockrane, puede ser muy útil no solamente a la defensa de las costas del Continente, sino también a la rendición del Castillo de San Juan de Ulúa."

Nuestro Encargado de Negocios en los Estados Unidos, D. José A. Torrens, poco antes, en octubre de 1823, participaba que a la Martinica habían llegado cinco mil franceses y que se esperaban otros tantos, con objeto reservado, pero que se suponía que eran para México, y hasta Rusia, que tenía pretensiones sobre California, propiciaba a España.

El mismo señor Torrens, desde Filadelfia, con fecha 13 de octubre de 1823, participaba que el señor Moreno Guerra, que había sido Diputado a Cortes y acababa de regresar de España, traía la noticia de que el Duque de Angulema aseguraba que vendrían a México una escuadra y doce mil hombres para someterlo, y que el plan de los Gabinetes de Europa era repartirse las antiguas colonias, dejando a España en posesión de México.

Y también el señor Torrens manifestaba poco después, que la esperanza de España y sus aliados se fincaba en San Juan de Ulúa, que tenía a más del gran recurso militar, el de imponer derechos sobre las importaciones y exportaciones de México.

Sir Charles R. Broughton; Secretario Privado del Primer Ministro Canning, informaba también al señor Migoni, "que Francia, como los grandes Poderes del Continente, estaban opuestos a la emancipación de México y demás Colonias," y agregaba: "Vuestra Excelencia debe conocer que todos los acaecimientos de Europa, tienen por tendencia el dominio de América por España."

Don Lucas Alamán, como Secretario de Estado, en nota de 13 de marzo de 1825, decía al señor Michelena, "que era urgente apresurar la remisión de los buques con que se ha de estrechar el bloqueo de San Juan de Ulúa, PARA ACABAR DE ARRANCAR EN ESTAS FAVORABLES CIRCUNSTANCIAS, LA ÚNICA ESPERANZA DE ESPAÑA."

La guerra de independencia no había terminado como hasta ahora se ha supuesto. La obra de Hidalgo no estaba consumada.

España jamás reconocerá nuestra independencia—decía el señor Miche-

lena—, mientras conserve en el Castillo una guarnición que sostenga la esperanza de Fernando en reconquistar algún día sus pretendidas colonias.

El mismo Agente Diplomático en nota que remitió de Londres en diciembre de 1824, anunciaba que según informes de Francia y España, las tropas embarcadas en el Ferrol debían estar ya en camino para la Habana, y decía clara y terminantemente: "Si nosotros hemos de ser libres y felices sólidamente, ha de ser a cañonazos, pensar en otra cosa, creo que es perder el tiempo."

En la Coruña también se hacían preparativos bélicos. Listas estaban dos fragatas, "nuevas, muy buenas, muy veleras, construídas con excelentes maderas, restos de la antigua riqueza naval que poseía España en 1800," decía de Londres nuestro patriota y activo Agente, y añadía: La fragata Casilda y dos corbetas llegaron a la Coruña procedentes de Cádiz; han ido a



Aspecto general de la ceremonia efectuada en el patio de este Museo el día del Centenario de la Capitulación del Castillo de San Juan de Ulúa.

reunirse a las dos fragatas para coadyuvar y transportar esta expedición, y aunque en su concepto no eran temibles estos preparativos, recomendaba estar siempre a la mira de todo y no perder de vista QUE LOS FRANCESSES TIENEN YA MUCHAS TROPAS EN LA MARTINICA Y EN GUADALUPE.

La actitud de Francia era para inspirar muy hondas preocupaciones. En la guerra de España con su antiguas colonias, notoria era su parcialidad. La corbeta "Isabel," de la marina colombiana, que llegó a aproximarse a las costas de Cádiz, fue perseguida hasta Gibraltar por dos fragatas de guerra francesas, y el Gabinete de las Tullerías y el Gobierno de Madrid, se pusieron en inteligencia para llegar a un acuerdo que frustró la política inglesa.

El Primer Ministro, Mr. Canning, en oficio dirigido al Embajador Sir Charles Stuart, le decía terminantemente: "Su Magestad se contenta con que la Francia no haga ninguna tentativa para dominar aquellas posesiones, ya sea por conquista o por cesión de parte de España."

El Príncipe de Polignac, en representación del Gobierno francés tuvo, sobre el particular conferencias interesantísimas con Mr. Canning, y este le ratificó, con el énfasis aterciopelado de la diplomacia británica, que el Gobierno inglés "no tenía sobre el particular reserva ni disimulo alguno; que sus opiniones y miras eran en substancia las mismas que se anunciaron al Gobierno francés en oficio a Sir Charles Stuart con fecha 21 de Marzo, oficio que dicho Embajador comunicó a Monsieur de Chateaubriand y que desde entonces ha sido de pública notoriedad."



El Director de este Museo y los descendientes de los patriotas Barragán y Sáenz de Baranda presidiendo la ceremonia.

Más lejos fue aún Mr. Cannig en su representación al Príncipe de Polignac. Le notificó "que al ingerirse cualquiera Potencia extranjera en una empresa de España contra sus Colonias, se miraría ese acto por el Gobierno británico como un incidente motor de una cuestión enteramente nueva y respecto de la cual tomaría la resolución que se exigiese por los intereses de la Gran Bretaña."

España ponía en juego todos sus resortes. Uno de ellos fue mover la influencia del Vaticano, que era grande en las Cortes Católicas y en la conciencia de los pueblos.

El propio señor Michelena, en nota de 25 de febrero de 1825, decía al

Ministro de Relaciones: "V. M. también sentirá el ver que Su Santidad, según su Bula Encíclica de 24 de Septiembre anterior, inserta en la Gaceta de Madrid de 10 del corriente, que acompaño, trata de exitar una facción, llamando a los pueblos desde la cátedra de San Pedro, a sublevarse contra ese Gobierno legítimamente establecido, y conducir a la patria a la esclavitud y DEPENDENCIA ANTIGUA, comprometiendo para ello la probada virtud de los respetables e ilustrados Prelados de nuestro territorio a quienes inconsideradamente, despoja de aquél alto grado de confianza a que sus virtudes los han hecho justamente acreedores entre los amantes de la libertad e independencia."

Mientras tanto, el Castillo de San Juan de Ulúa continuaba amenazador, dominando con sus cañones la entrada del primer puerto mexicano. Desde aquella formidable fortaleza, las armas españolas nos hostilizaban, hacían fuego sobre Veracruz, y pudieron hasta intervenir en nuestras primeras contiendas intestinas.

Entre las instrucciones reservadas del Ministro de Guerra y Marina, tanto al Marqués de Vivanco, cuanto al distinguido Coronel D. Francisco de P. Alvarez, para atacar al Gral. Santa Ana que se había apoderado de Veracruz cuando desconoció al Imperio de Iturbide y proclamó la República, el señor Sota Riva, el 24 de enero de 1825, ordenaba en la onceava cláusula: "Si fuere necesario entablar alguna correspondencia con el Gobernador de Ulúa, podrá establecerse, y si para no hostilizarnos mientras nos posesionamos de Veracruz exigiese algún partido, PODRA CONCEDERSELE UNA SUSPENSIÓN DE ARMAS, hasta que el Gobierno determine con respecto a los comisionados de España; entre tanto se le suministrarán víveres si los pidiere, y no podrá romperse la tregua sin avisar ocho días antes, aun después de sabida la resolución del Gobierno."

Triunfó Santa Ana, abdicó Iturbide, y el Castillo continuó en poder de los españoles.

La historia no dice aún qué participación tomó la fortaleza en la caída del primer Imperio y en el triunfo de Santa Ana, que proclamó la República, pero el Brigadier D. Francisco Lemaur, Gobernador del Castillo en la controversia bélica y diplomática que se suscitó con motivo de posesión de la isla de Sacrificios, que con actos de guerra reclamaba y sostenía España, dijo a D. Guadalupe Victoria, miembro del Poder Ejecutivo y comisionado para tratar con los Agentes de España, por conducto de éstos, los Señores Juan Ramón Osés y Santiago Irisarri "que le extrañaba que debiendo el actual Gobierno de México su existencia en gran parte a lo QUE HIZO AQUELLA FORTALEZA a favor del Brigadier D. Antonio López de Santa Ana el primer paso después de aquellos sucesos, sea pagar en ofensas a su bienhechor," y añadía: "que si alguna embarcación descarga en la expresada fortaleza, lo hacen con igual derecho que las que descargan en la Habana, por que en efecto, lo mismo pertenece a la España el Castillo que aquella ciudad, y no menos en una que en otra, pueden admitirse a contratación cualesquiera buques con cualesquiera efectos; que el Castillo de San Juan de

Ulúa ha usado siempre del derecho incontestable que le compete en no permitir que el bote de la plaza de Veracruz reconosca las embarcaciones que vienen al puerto, sobre cuyo punto hay que hacer esta explicación: ¿cómo podrá ser fundada la queja sobre que a ningún bote de la plaza se haya permitido reconocer las embarcaciones que vienen a este puerto cuando como está dicho es por su naturaleza un puerto del Castillo por que lo domina y protege, y de ningún modo de la ciudad de Veracruz? Acuerdome que en el tiempo de mi antecesor, por Noviembre de 1821, tuvo efecto el arrojó de querer reconocer una embarcación que venía a este puerto, un bote de la plaza, y se lo estorbó el que llevaba esta comisión salido del Castillo y desde entonces por las noticias que tengo, no sé que se haya repetido igual demasia. Fuéralo en verdad no pequeña, que alguien se abrogase el derecho de reconocer las embarcaciones que entran en un puerto extraño, y jamás consentiré que tal desacato se cometa en este, MIENTRAS LA BANDERA ESPAÑOLA TREMOLE SOBRE LAS MURALLAS DE SAN JUAN DE ULUA."

El gobierno inglés daba también extraordinaria importancia a la rendición del Castillo. Todavía el 21 de mayo de 1825, decía a nuestro representante, el cual lo comunicaba así: "Mr. Canning me habló del Castillo de San Juan de Ulúa, y de la IMPORTANCIA DE RENDIRLO. Con tono de firmeza le respondí que esperaba que a fines de este año quedaría todo perfectamente arreglado y nos veríamos libres de la presencia de nuestros enemigos."

El mismo señor Canning en su conferencia ratificó que saldrían de la Coruña dos batallones y no irían al Perú donde Canterac acababa de ser despedazado sino a la Habana y probablemente a México.

¿Cabe dudar después de estas y otras muchas citas irrefutables que omitimos, por la naturaleza de este escrito, corroboradas por los hechos que persistía un estado de guerra entre España y México y que por consiguiente la rendición de Ulúa significó la total liberación de nuestro territorio, la consumación y consolidación de nuestra independencia?

El 14 de septiembre de 1825, llegó el Gral. Michelena en la Fragata "Libertad," procedente de Falmouth, que quedó desde luego a las órdenes del General Barragán, Comandante de Veracruz.

Dicho Agente, hizo un resumen de su misión el día 3 de octubre de 1825. En él decía que todos los esfuerzos hechos para hacer la paz con España, que había renunciado a las ventajas que México le ofreció generosamente por mediación de Inglaterra y de Francia, que había, faltado falaz y vergonzosamente a sus ofertas, habían fracasado y que por consiguiente, la misma España "nos ha puesto en el caso de hacer gastos PARA LA CONTINUACION DE LA GUERRA."

La guerra continuaba pues, hasta que quedara liberado el último girón de nuestro territorio, para consumir y consolidar la independencia.

El memorable informe añadía: "Ya la nación se encuentra con fuerzas navales disponibles y servidas por oficiales valientes y experimentados, capaces de batir a las españolas que ahora pueden oponérseles y que son las únicas que pueden dar apoyo a Ulúa y mantener la guerra. Los buques de Suecia de-

ben ser muy buenos y estar listos para todo servicio a lo menos por seis años. Su precio es la mitad de lo que debían costar nuevos en Inglaterra. Para su recibo fueron de Londres un Capitán de Artillería, otro de la marina, un Teniente de la misma que conoce el "genio", y un constructor, todos hombres de la mayor reputación en su línea. El Gobierno inglés con todos sus recursos, no habría hecho más para asegurar el acierto."

La naciente marina mexicana iba a entrar en funciones y a cumplir con su deber.

Dinero, pertrechos y barcos, habían sido adquiridos en Inglaterra principalmente, por los dos primeros Agentes Diplomáticos, D. Francisco de B.



La ceremonia del Centenario de la toma de Ulúa: El Sr. Sentfies pronunciando su discurso.

Migoni y D. Mariano Michelena, que trabajaron con diligencia y patriotismo a pesar de sus tristísimas reyertas. Ambos fueron probos y patriotas.

El Teniente Coronel Almonte, condujo varias veces, dos o tres, comunicaciones y armas.

Por fin empezaron a llegar a México los barcos, unos adquiridos en Inglaterra, otros en Suecia, otros en los Estados Unidos.

Asumió el mando de la Armada, D. Pedro Sáenz de Baranda, marino mexicano, oriundo de Campeche, que fue educado y militó en la marina española, de antecedentes gloriosísimos. Venía de Trafalgar donde realizó proezas. Su nombre, ya ilustre, iba a ilustrarse aún más, al servicio de la patria.

España y las aguerridas fuerzas que ocupaban el Castillo, habían hecho

tenaces y titánicos esfuerzos por conservarlo. Periódicamente se relevaba y asistía a la guarnición, para lo cual venían barcos de guerra de la Habana.

México pudo por fin emprender el bloque. Establecido éste, intentaron forzarlo barcos de los Estados Unidos, comisionados para auxiliar a la fortaleza. Fueron batidos por nuestras fuerzas, y uno de ellos echado a pique.

El incidente fue comunicado al Primer Ministro inglés, por nuestro Agente Diplomático, en conferencia importantísima, el 17 de junio de 1825 y Mr. Canning aprobó el hecho manifestando estar conforme al uso establecido por las naciones. En esa misma conferencia, Mr. Canning ratificó que barcos de guerra franceses acababan de convoyar tropas españolas a Cuba infringiendo la neutralidad, y que Inglaterra había hecho una representación al Gobierno de las Tullerías.

El bloqueo se hizo más estrecho al grado de que se puso más desesperada la situación de los defensores del Castillo.

El Brigadier D. José Copinger, valeroso Comandante del Castillo, resistía denodadamente con la esperanza de recibir refuerzo y alentaba a las tropas dando ejemplo de abnegación y de heroísmo. No pudiendo resistir las abstinencias e inclemencias del clima, algunos soldados prefirieron arrojar-se a la mar exponiéndose a ser devorados o a quedar prisioneros de guerra.

En estas circunstancias se presentaron los barcos que venían a auxiliar al Castillo, y D. Pedro Sáenz de Baranda, con los barcos que había y acababan de llegar, mandados algunos por oficiales ingleses y norteamericanos, al frente de ellos, salió al encuentro de los buques españoles que traían fuerzas y víveres para la fortaleza.

A la vista de nuestra naciente Armada, que tomó posiciones de combate y se alistó para emprender la batalla, viraron los barcos españoles y emprendieron violenta retirada amagados por los nuestros.

Casi sin combatir en esa vez, el bizarro marino mexicano lograba un triunfo definitivo sobre la dominación española. A los valientes y pundonorosos defensores del Castillo no quedaba más recurso que capitular dignamente.

El Brigadier Copinger se vió obligado a firmar la capitulación y entregó la formidable fortaleza al Gral. D. Miguel Barragán, Comandante de Veracruz, y la guarnición española salió con los honores de la guerra que había sabido conquistar con su valor y su tenacidad.

La gloriosa bandera española que durante siglos había tremolado invicta en la Nueva España; la última que flameaba orgullosa en el bastión más enhiesto del Castillo, fue arriada con gran solemnidad el 23 de noviembre de 1825, y conducida en triunfo a la capital, donde fue llevada con inusitados honores al Santuario del Tepeyac, donde se colocó al pie de la Virgen de Guadalupe el día 13 de diciembre, con gran pompa religiosa.

La Independencia estaba consumada!